

lidad y la dureza de su corazón, porque no creyeron á aquellos que le habian visto resucitado.<sup>1</sup> Y añadió: "¿Por qué os turbais y viene á vuestro corazón estos pensamientos? Ved mis manos y piés; yo mismo soy; palpad y ved, porque el espíritu no tiene carne ni hueso como veis que yo tengo. Y habiendo dicho esto, les mostró las manos y los piés. Y no creyéndolo aún ellos de puro gozo y admiración, les dijo: ¿Teneis alguna cosa que comer? Y habiendo comido delante de ellos, tomando las sobras, se las dió y les dijo: Estas son las cosas que os anunciaba cuando estaba aún con vosotros: que era necesario se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés y en los Profetas. Entonces él les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras, y como era necesario que Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos al tercer día."<sup>2</sup>

¿Qué diremos ahora de la incredulidad apostólica personificada en Santo Tomás? Si no veo en sus manos el agujero de los clavos, habia dicho este Apóstol, y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y mi mano en su costado, no lo creeré. Esta pesada y carnal incredulidad es la que determina la sexta aparición de Jesús, y estas palabras que todos los siglos han repetido y repetirán con emoción: Mete aquí tu dedo, Tomás, y mira mis manos; y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel. Y como Tomás esclamase: ¡Señor mío y Dios mío! dijo Jesús: Tomás, has creído porque me viste; ¡bienaventurados los que no vieron y creyeron!<sup>3</sup>

Este grito de Santo Tomás: "¡Mi Señor y Dios mío!" tiene una fuerza y un sentimiento sublimes. Es la explosión de la fe retardada y que quiere compensar este retraso. Es notable que salga aquí por primera vez de boca de los Apóstoles el nombre de Dios, con aplicación á Jesucristo, como demostrado para adelante por el prodigio de la resurrección; y que sea el más incrédulo y el testigo más experimentado de la resurrección á causa de esta misma incredulidad, el primero que profesa en términos absolutos la divinidad de Jesucristo. Es finalmente notable que este mismo Apóstol, al principio el más incrédulo, sea el que llevó después la fe más lejos, y que aislado de todos los otros

<sup>1</sup> San Marc., XVI, 14.

<sup>2</sup> Esta circunstancia sensible y sacramental de la fracción del pan, de la comunión de alimento que habia abierto ya los ojos á los discípulos de Emmaus, fué la que decidió la convicción de los Apóstoles, como lo refiere San Pedro en los Actos.

<sup>3</sup> San Juan, XX, 25-29.

en las Indias y en China, viviera más de su fe propia é individual; ¡á tal punto le habia convencido el acontecimiento de la resurrección!—Todo esto es admirable y de evidencia arrebatadora.

Otra aparición (la séptima) hubo de Jesucristo á sus discípulos junto al mar de Tiberiades,<sup>1</sup> y allí también se ve obligado Jesús á darse á conocer por señales palpables de existencia.

La octava y última aparición fué la que se verificó en la ascension de NUESTRO SEÑOR. Allí también hubo algunos que dudaron;<sup>2</sup> allí también reprendió Jesús á sus discípulos su incredulidad y la dureza de su corazón;<sup>3</sup> allí, en fin, les explicó por última vez las Escrituras y les envió á llevar al mundo la antorcha de la fe que tampoco ellos tenían aun completamente y que debia ser el don de ese Espíritu Santo, de esa virtud de lo alto que promete enviarles al partir.

He aquí la historia auténtica, verdadera de la resurrección del Salvador.

Pregunto, pues, si hay en toda la historia un hecho tan experimentado, por la incredulidad misma y por el desinterés de los testigos. Es proverbial la incredulidad de los apóstoles en la resurrección: el relato que ellos mismos hacen de ella es una confesión de esto. No se pueden imaginar más garantías, si no es la fe que desplegaron cuando les hubo convencido el hecho tan experimentado.

Si, pues, para admitir que fué quimérica la resurrección del Salvador es fuerza suponer con M. Renan una predisposición á creer en ella una facilidad de persuasión en los Apóstoles, no hay duda alguna de que es el acontecimiento más atestiguado y el más real de la historia.

Esto en cuanto á la prueba histórica.

Véamos ahora la demostración moral.

### III.

Esta demostración, podemos decirlo, no deja salida á los que hubieran podido evadirse de la prueba histórica. La prueba histórica no necesitaba de esta otra, la cual hubiera podido tam-

<sup>1</sup> San Juan, XXI, 1, 14.

<sup>2</sup> Quidam autem dubitaverunt.—San Matth. XXVIII, 17.

<sup>3</sup> Et exprobatit incredulitatem eorum et duritiam cordis, quia is qui viderant eum resurrexisse, non crediderunt.—San Marc., XVI, 14.

bien bastarse á sí misma; pero las dos forman un cuerpo de certidumbre que subyuga al escepticismo, apoderándose de la convicción por todos sus elementos. Así ha visto rendir ante ella su pabellón á la incredulidad mas aventurada.

Esta demostracion puede prestarse á bellas esplanaciones, pero tambien puede reducirse á términos muy sencillos.

El autor del *arte de pensar* y de razonar, Condillac, la fórmula de esta suerte:

“¿Cómo se han hecho tan valientes estos hombres tan cobardes? Porque han sido convencidos, y lo han sido porque han visto. Todas las circunstancias de las apariciones de Nuestro Señor prueban que no creyeron á la ligera.—Si solo hablase de los motivos que tenemos de creer (de la prueba histórica solo), podia decir el incrédulo que inventaron estos hechos los Evangelistas; pero los Apóstoles no hubieran podido creer movidos de unos hechos que hubieran inventado despues los Evangelistas. Si pues creyeron, fué porque vieron, y en su consecuencia no fueron inventados los hechos. Y no puede quedarnos ninguna duda de que hayan creído.”<sup>1</sup>

San Juan Crisóstomo reducía esta demostracion á términos muy sencillos: “Es muy comun, dice, olvidar despues de muertos á los que se amó con mas ternura. Los Apóstoles abandonaron y negaron á Jesucristo mientras vivía, y cuando hubo sido crucificado, mueren por él. Por consiguiente, lo vieron resucitado.”

No comprendo qué pueda contestarse á esto. Es la conciencia humana, que en la conducta de los Apóstoles supone y prueba invenciblemente el hecho de la resurreccion.

Estudíemos un poco esta conducta.

Es cierto, pues los Evangelios deben ser creídos, á lo menos en lo que nos dicen en contra de sí mismos, que durante la vida de Jesucristo, los Apóstoles no sentían por él mas que una adhesión nada ilustrada y tosca, que les hacía equivocarse á cada instante sobre el sentido espiritual de la felicidad y del poder que constituían el fondo de todas sus promesas. Con frecuencia se les vió vacilar entre él y sus enemigos, y á veces hasta compartir con estos la incredulidad y las murmuraciones. Uno de ellos le hizo abierta traición. Sin embargo, se mantuvieron cerca de su persona mientras fué objeto de la pública admira-

<sup>1</sup> Consideraciones sobre los progresos de la Religión en los tres primeros siglos.

cion, y pudieron enorgullecerse con sus favores. A este precio habian abandonado las redes que una secreta inclinacion de hábito y desconfianza les hizo, no obstante, volver á tomar muchas veces: pescadores y apóstoles á la vez. Pero llegó el momento de la gran prueba. Para confortarlos, en su postrer banquete, les dió el buen Maestro los mas tiernos testimonios de su amor y las mas reiteradas seguridades del próximo cumplimiento de sus promesas. No les disimuló, empero, las ignominias, los sufrimientos y la muerte porque tenia que pasar; pero hizo brillar al través de todo la esperanza de su resurreccion, y la efusion de aquel Espiritu que debía enseñarles todas las cosas, y realizar por medio de ellos la dominacion universal, el reino eterno del Cristo, que era la grande espectacion hereditaria de su nacion. Deslumbrados por esta esperanza y conmovidos sin duda con tanto amor, prometieron ser fieles; ¡pero vana promesa! ¡ardor quimérico que la simpática confianza con Jesucristo alimentaba en aquellas almas sencillas, pero que la espantosa realidad de su pasion y de su ignominiosa muerte debía disipar, interponiéndose entre él y ellos! Muy pronto, en efecto, no le vemos mas que solo en manos de sus verdugos. Al principio Pedro le sigue todavía, pero *de lejos y por ver en qué pararía aquello*.<sup>1</sup> Un instante despues lo niega á las preguntas de una simple criada, y protesta por tres veces que nunca lo ha conocido. En fin, aquel tímido rebaño, digno de semejante pastor, se disipa hasta el punto de no dejarse ver ya mas ni uno de ellos, escepto el apóstol San Juan, cuya compasiva amistad vuelve á aparecer entre las santas mujeres al pié de la cruz cuando la muerte de la víctima ha desarmado á sus verdugos y que ya nada hay que hacer sino darle sepultura.

No obstante, en este completo naufragio de la fidelidad apostólica, en que nuestros pescadores se muestran tan completamente hombres, parece que no hubiera debido abandonarles la esperanza, pues nada habia sucedido que su Maestro no les hubiese anunciado, y además éste habia aplazado para despues de su muerte la manifestacion de su poder. Podia resucitar al tercer dia, conforme habia prometido. No importa, esta esperanza habia sido impotente para conservarlos fieles. ¿Qué hubiera sucedido, pues, si no resucitando Jesucristo, no solamente les hubiese acabado de abandonar aquel débil sentimiento de esperanza, sino que se hubiese convertido en justo despecho por haber sido engañados?

Tales eran las disposiciones de los apóstoles; disposiciones que bien merecían que Jesús les apostrofase de repente: "¡Oh 'nécios y tardos de corazón para creer!"

Hay todavía otra circunstancia que acaba el cuadro de la incredulidad y desaliento apostólico; circunstancia sencilla pero muy significativa, que nos proporciona el mismo Pedro, el jefe del rebaño: *Me vuelvo á pescar*, le dice á Tomás y á algunos otros discípulos; *y también nosotros vamos contigo*, le contes-  
taron éstos.<sup>1</sup>

He aquí á los Apóstoles vueltos pescadores. Hasta aquí habían esperado, aunque débilmente: *sperabamus*; pero ahora he aquí que el mismo jefe dá la señal y el ejemplo del abandono, *vado piscari*; y vuelve á tomar su primer oficio.

Tales eran los Apóstoles entonces mismo en que la presencia de Jesucristo, ó su reciente memoria, ó en fin, la esperanza de sus promesas, podían todavía animarlos: gente sencilla pero tosca, incapaz de adhesión, de valor, de fe, de nada generoso y extraordinario, y dejándose arrastrar torpemente por su natural condición.

Y sin embargo, después de algunos días volvemos á encontrar á estos mismos hombres reunidos todos en un solo proyecto, que es morir por Jesucristo, tomar su cruz y hacerla adorar en aquella misma ciudad que está humeando todavía con su sangre, en medio de aquel mismo pueblo que gritaba poco antes: *¡Crucifícalo, y caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!* y en presencia de aquellos mismos Fariseos y magistrados que sublevaron á este pueblo y legalizaron su rabia sanguinaria. En aquella misma ciudad, repetimos, en medio de aquel mismo pueblo, en presencia de aquellos magistrados, han resuelto los Apóstoles, tan indolentes en defender á Jesucristo mientras vivía, hacerlo adorar después de muerto. Su celo por la gloria de este injustificado, de este maldito, no se limita á esto: quieren que toda la Judea, toda la Samaria, toda el Asia, la Grecia y la misma Roma caigan de rodillas á los pies del instrumento de su suplicio. Aun no es esto bastante para sus almas enardecidas, codician más todavía, y las miras de su proselitismo abrazan desde luego el universo entero. Tan circunspectos y tardíos en creer, tan fugitivos y dispersos, vueltos poco antes á sus redes, de repente los vemos hechos otra vez apóstoles fervorosos: se confortan para no incurrir ya más en desliz, avanzan para no

<sup>1</sup> *Vado piscari, venimus et nos tecum.* [S. Juan., XXI, 3.]

retroceder ya más ni un solo paso, y sin embargo, de todas partes llueven mofas, amenazas, tormentos y todo género de muerte; y JESUCRISTO no está con ellos, y murió, y no ha cumplido su palabra de resucitar, y todo para ellos se ha perdido, hasta esta frágil esperanza!

¡Cualquiera que seas, oh lector, consulta tu naturaleza humana y pregúntate si todo esto no la desmiente de una manera cien veces más inadmisibile que la resurrección, porque la resurrección supera á la naturaleza elevándola y esto la trastorna desviándose de ella! ¿De dónde ha podido salir repentinamente, en semejantes hombres y en tales circunstancias, esa confianza? ¿de dónde una energía tan inaudita? ¿de dónde ese celo y esa seguridad que de todo se rien y que no temen ni la muerte, no solamente en sí misma, sino por el perjuicio que va á causar á su empresa.... Si han visto á JESUCRISTO resucitado, si lo han visto bien, si lo han visto todos, si han recibido la invisible fuerza del Espíritu de Dios, si ellos mismos dan á cada instante prueba de esa asistencia sobrenatural obrando milagros, si con su sola sombra curan paralíticos, si hacen temblar á los demonios, concebimos que no tiemblen ellos; concebimos que el celo y el amor de la verdad, de la cual tienen ellos en sí tantas garantías, los arrastren á desafiar el universo, seguros de regenerarlo con la ayuda de Aquel que lo crió: concebimos toda su vida santa y apostólica; concebimos su heroica y generosa muerte, lo concebimos y admiramos todo.... Pero si no hay nada de todo esto, si Jesucristo ha permanecido en su sepulcro, si no se les ha aparecido como ellos mismos dicen, si la pusilanimidad y desconfianza, contra las que habían podido precaverse durante su vida, son justificadas por una muerte sin resurrección; si nada de nuevo les ha acontecido, ni nada ha ocurrido á su alrededor desde que los dejamos amedrentados y fugitivos no esperando ya y volviéndose á sus barcas de pescadores... ¡oh! entonces nada de todo esto concebimos, nuestra imaginación se pierde en un caos de imposibilidades sin solución, y en lugar de un suceso que comprendemos muy bien poder existir en el orden sobrenatural, que excede á lo acostumbrado sin chocar á la razón, y que hasta la eleva y ennoblece, anudándose con un orden de verdades que preceden y que siguen, y cuyo encadenamiento compone el más armonioso todo, nos encontramos con un suceso que debería ser enteramente claro é inteligible, y que es, no obstante, el más completo trastorno de la naturaleza y la desesperación de la razón.... No podemos vacilar: incredulidad

ó absurdo. ¡Esto es demasiado! Nosotros nos inclinamos decididamente hácia el lado en que se manifiestan la razon y la fe.

He aquí lo que decía en mis *Estudios*; he aquí lo que no ha tocado siquiera M. Renan, ó mejor lo que ha confirmado, mostrando que no hay nada que oponer á ello.... mas que la *viva imaginacion de Maria de Mágdala*.

## IV.

Para convencernos mejor aún de esta verdad capital, despues de haber leído hasta qué punto se convencieron de ella los Apóstoles, tan incrédulos sobre la resurreccion, es conveniente ver de qué manera y con qué acento se espresaba esta conviccion en su testimonio.

Vamos á oírles á ellos mismos en sus *Hechos* y sus *Epistolas*, documentos á los que no ceden ciertamente los Evangelios en autenticidad y en veracidad; pero que tienen el privilegio de hallarse enteramente admitidos por la incredulidad, sin que haya intentado ponerlos nunca en tela de juicio en sus aventurados arrojós, no obstante emanar de las mismas fuentes que los Evangelios y formar cuerpo con ellos.

El acontecimiento de la resurreccion aparece allí, no como habiendo causado en los Apóstoles aquella impresion exaltada y delirante que atribuian en su primitiva incredulidad á los que iban á anunciársele, sino una impresion de conviccion fundada, serena y dominándose completamente á sí mismo, tal, en fin, como debia ser una conviccion, fruto de la esperiencia y á prueba de este primer fondo de incredulidad en que habian venido á fijarse sus elementos.

Los Apóstoles no se disimulan á sí propios desde luego, y no disimulan al mundo que toda la fe que predicán, que todos los sacrificios que esta fe reclama, que, en una palabra, todo el Cristianismo estaba suspendido de la verdad de este acontecimiento; no porque no sean muy importantes todos los demás testimonios de la divinidad de Jesucristo, sino porque hubieran sido vanos, sin éste que los consuma y los hace llegar al fin.

“Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe. Si nosotros solo tenemos esperanza en Cristo, mientras dura nuestra vida, y si no ha venido á ser como las primicias de los difuntos, somos los mas desdichados de los hombres.”<sup>1</sup>

1. Primera á los Corinth., XV, 17, 19, 20.

Este es el grande argumento apostólico. Y en efecto, si ha resucitado Jesucristo, solo pudo resucitar por virtud de Dios, y á fin de realizar el anuncio que él mismo habia hecho de este prodigio, y dar á sus discípulos, en su persona, una prenda manifiesta y brillante de la resurreccion futura y de la gloria eterna que les prometió. Todas las demás pruebas de la divinidad de Jesucristo, todo el edificio histórico y dogmático del Cristianismo va á terminar al acontecimiento de la resurreccion de Jesucristo como á una cúpula.—Por el contrario, si no ha resucitado Jesucristo, queda desmentido en el acto decisivo de su divinidad; toda su doctrina, que solo es una predicacion de sacrificio, de penitencia, de cruz y de muerte en vista de la vida y de la felicidad eterna, es un engaño. Demasiado miserable é infeliz es el hombre en esta vida; pero los cristianos que vivieran á agregar aún á todas estas miserias necesarias las miserias voluntarias de la disciplina evangélica, sin tener por garantia del destino glorioso que adquieren á este precio la realizacion de este mismo destino en Jesucristo, “serian los mas miserables é infelices de todos los hombres.” *Miserabiles sumus ómnibus hominibus.*

Hé aquí, pues, el argumento apostólico. Fundades en la resurreccion de Jesucristo, es como llegaron á ser tan generosos los Apóstoles, que eran antes tan personales. Ellos mismos lo reconocen y lo anuncian al mundo. Su fe sobre este punto es de las mas razonadas y ciertas.

Debe, pues, ser tambien, la mejor informada.

Por lo que, habiendo sido el suceso de la resurreccion la prenda sobre la cual entregaron su vida á toda clase de sacrificios, y su muerte á toda clase de tormentos, esta vida y esta muerte heroica, llegan á ser tambien para nosotros la prenda manifiesta y brillante del acontecimiento de la resurreccion.

Así San Pablo en aquel primer capítulo en que describe la razon determinante de su fe y de la nuestra, recuerda los testimonios que la justifican y que la ponen á cubierto de toda sospecha de error:—“Cristo resucitado fué visto, dice, por Cephas “ó Pedro, y despues por los demás apóstoles;—posteriormente “fué visto por mas de quinientos hombres en una sola vez, de los “cuales viven la mayor parte todavía, aunque han muerto algunos;—se apareció tambien á Santiago y despues á los apóstoles todos;—finalmente, despues de todos, se me apareció también á mí, que vengo á ser como un abortivo; porque yo soy

"el menor de los apóstoles, que ni merezco ser llamado Apóstol, pues que perseguí á la Iglesia de Dios."<sup>1</sup>

¡Qué testimonio! ¡Qué confirmación de los relatos evangélicos! ¡Qué convicción tan ilustrada en sus elementos como razonada en sus consecuencias! ¡Qué carácter, en fin, de sinceridad y de fuerza en la humildad de este último rasgo ó circunstancia por el que se coloca el grande Apóstol debajo de todos por haber perseguido á la Iglesia de Dios, añadiendo con esto mismo, á todos los demás testimonios de la resurrección, el de su famosa conversión! resultado inmediato de la aparición del mismo JESUCRISTO.<sup>2</sup>

Después de esto se concibe que escriba el grande Apóstol á Timoteo: "Soporta el trabajo y la fatiga como buen soldado de JESUCRISTO.... Entiende bien lo que te digo.... Acuérdate que nuestro SEÑOR JESUCRISTO del linaje de David resucitó de entre los muertos, según mi Evangelio, por el cual estoy yo padeciendo hasta verme entre cadenas."<sup>3</sup>

Este testimonio de San Pablo, tan auténtico por el documento que nos lo trasmite, y tan experimentado en las informaciones y en las razones que lo constituyen, ha hecho confesar á la crítica misma de Strauss, que todo cuanto ella ha podido hacer "no altera el pasaje de la primera epístola á los Corintios, la cual "siendo incontestablemente auténtica, ha sido escrita hácia el "año 59 después de JESUCRISTO, y por consiguiente menos de "treinta años después de la resurrección." Y que "por este dato debemos creer que estaban convencidos muchos miembros "de la primera comunión de los fieles que vivían aún en la época "en que se escribió la epístola, y entre otros, los apóstoles, de "que se les había aparecido Jesucristo resucitado."<sup>4</sup>

Dominado Strauss por la fuerza de la verdad, se ve impulsado á convenir mas adelante en que "tienen razon los apologistas "en insistir sobre el punto de que *no podía explicarse* la inmensa revolución que se verificó en el espíritu de los apóstoles, desde el desaliento mas profundo y la pérdida de toda esperanza, "al morir Jesus, hasta la fe y el entusiasmo con que lo anunciaron como Mesias en el siguiente Pentecostés, si no hubiera

1 Primera á los Corinth., XV, 5, 9.

2 Hechos, XXVI, 19.

3 Segunda á Timoth., II, 3, 7, 8 y 9.

4 Tercera secc., cap. IV., § 136.

"ocurrido en este intermedio algun acontecimiento lleno de extraordinario consuelo, y especialmente, un acontecimiento que "les hubiera convencido de la resurrección de Jesus crucificado."<sup>1</sup> —En nuestro juicio, dice con gran razon M. de Coguevel, los cuatro volúmenes de la obra de Strauss dicen infinitamente menos *contra* la verdad del Cristianismo, que lo que dicen *en pro* del Cristianismo las líneas que se acaban de leer escritas por un incrédulo como él.

La resurrección de JESUCRISTO es igualmente el primer hecho atestiguado, el primer argumento de que se hacen cargo los demás apóstoles en su predicación: "Dios ha resucitado á este "Jesus á quien os hemos anunciado, dice San Pedro *de lo cual "somos todos nosotros testigos."*<sup>2</sup> "No de oídas, añade Grocio, "sino por todo lo que hemos visto, oído y tocado respecto de su "persona. Todos nosotros lo atestiguamos igualmente, sin que "de ello reportemos otra ventaja que persecuciones, golpes, cadenas y la muerte; por lo cual no tenéis razon en no creer nuestro testimonio."<sup>3</sup>

Los sacerdotes y los prepositos ó encargados del templo, irritados de que anunciaran los Apóstoles de esta suerte la resurrección de JESUCRISTO, los prendieron. Tenían tambien otro agravio contra ellos; el haber hecho un milagro en apoyo de su predicación. Habiendo visto un cojo de nacimiento, que se situaba cada dia en la puerta del templo, á Pedro y á Juan que entraban allí, les pidió limosna. Fijando Pedro, con Juan los ojos en él, le dijo: miranos. Y el cojo les miró, esperando que le dieran algo. Mas Pedro le dijo: no tengo oro ni plata, pero te doy lo que tengo: en nombre de JESUCRISTO Nazareno, levántate y anda. Y cogiéndole la mano derecha, lo levantó, y al punto se afirmaron los piés y las piernas de aquel hombre. Y entró con ellos en el templo delante de todo el pueblo, andando y saludando y alabando á Dios. Por lo cual se reunieron en Jerusalem los Magistrados, los Ancianos y los Scribas, é hicieron comparecer ante ellos á los Apóstoles y les interrogaron sobre este suceso en presencia del cojo á quien habían curado y que estaba allí como testigo. Entonces, lleno del Espíritu Santo, les dijo Pedro: principes del pueblo y Ancianos, sabed vosotros

1 Tercera secc., cap. IV., § 137.

2 Hechos, II, 33.

3 *Annot ad Acta.*

y todo el pueblo de Israel, que este hombre se halla en pie ante vosotros en nombre de NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO el Nazareno, á quien habeis crucificado y á quien *resucitó Dios de entre los muertos*. Este Jesus es aquella piedra que vosotros desechásteis al edificar, la cual ha venido á ser como la piedra angular; y no se ha dado á los hombres otro nombre bajo el cielo, por el cual debamos salvarnos.

Viendo, pues, la firmeza de Pedro y de Juan, y constándoles por otra parte que eran hombres sin letras y del vulgo, quedaron admirados.... Viendo tambien en pie y cerca de ellos al hombre que habia sido curado, no tuvieron nada que replicar en contrario.... Mandáronles, pues, salir fuera de la junta, y deliberaron entre sí, resolviendo limitarse á amenazarles por hallarse conmovido el pueblo con aquel prodigio. Habiendo, pues, vuelto á llamar á los Apóstoles, les intimaron que no hablaran ni enseñaran mas en nombre de JESUS. Pero Pedro y Juan les contestaron: juzgad si es justo que os obedezcamos mas que á Dios; porque *nosotros no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído*. Y despedidos los Apóstoles, rindieron testimonio con gran valor de *la resurreccion del SEÑOR JESUCRISTO*.<sup>1</sup>

¡Vamos! ¡Vamos! Que la incredulidad, que M. Renan, que M. Scherer, que M. Havet, que reconocen la integridad histórica del libro de los *Hechos* y de las Epístolas de San Pablo, espliquen todo esto segun su sentir. Que espliquen la correlacion tan viva y tan enlazada de esta conducta posterior de los Apóstoles con las primeras escenas de la resurreccion en el Evangelio. Que persuadan al lector, que se persuadan á sí mismos que este conjunto de relatos y de hechos, tan perfectamente correlacionados y sostenidos en documentos múltiples y diversos, es mera leyenda; y de consiguiente, que es leyenda la grande historia del Cristianismo que brota de él con un cañon tan lleno y tan vigoroso.

Todo está en la historia lleno de JESUCRISTO resucitado, el cual es el único que constituye el valor de JESUCRISTO crucificado. El CRUCIFICADO no es la salud del mundo, sino porque triunfó de la muerte recibéndola; porque la dejó clavada á la cruz, resucitando. La Cruz es el signo de la victoria. Ella es, en el aniquilamiento y en la ignominia que representa, una divina ironia del poder del mal que triunfa en ella. ¿Por qué? Per-

<sup>1</sup> Hechos, cap. IV.

que detrás de ella se levanta la gloria de Cristo triunfando de ese mismo triunfo del mal; porque, por ella entramos CRISTO y nosotros en esta gloria "llevando despojados y cautivos y espuestos públicamente en espectáculo á los principados y potestades infernales, (ó de la muerte y del mal), de quienes triunfó valerosamente en su propia persona ó por su pasion y muerte."<sup>1</sup>

La Resurreccion, es, pues, el gran hecho que se refleja sobre toda la historia y la doctrina de JESUCRISTO, adquiriendo de esto mismo toda su importancia y certidumbre, ó mas bien es ella la que les da esta certidumbre é importancia. Asi es que se manifiesta y fulgura por do quiera. Por todas partes aparece á nuestros ojos JESUCRISTO resucitado; en los Evangelios, en los Hechos, en las Epístolas, al través de la vida y de la muerte de los Apóstoles, entre los testimonios de los confesores y de los mártires, al través de la fé del género humano: ¡todo parte, todo se lanza del sepulcro de JESUCRISTO, el cual tiene por testigo de su resurreccion la del mundo!

<sup>1</sup> Ad Colos., II, 15.